

## **Feminismo anticapitalista, esa Escandalosa Cosa y otros palabras<sup>1</sup>.**

La idea de esta ponencia es retomar el hilo de los debates sobre el capitalismo y el patriarcado, sempiternos en el feminismo, a la luz de la crisis civilizatoria que estamos viviendo. Parto de un sentimiento de urgencia, la urgencia de tener, como feministas, una voz incómoda, como dicen algunas compañeras, una postura molesta, como dirían otras, ante lo que (nos) está ocurriendo. Hace mucho venimos debatiendo si el capitalismo y el patriarcado son dos sistemas distintos, si son uno solo, si se trata de un capitalismo patriarcal o un patriarcado capitalista. Y qué tienen que ver otros ejes de poder, si nos enfrentamos más bien a un patriarcado capitalista blanco, a un capitalismo patriarcal heterosexista racialmente estructurado... Si es que no tenemos ni nombres... porque, como dice Donna Haraway, ¿de qué forma podemos llamar a esa Escandalosa Cosa?

Pues bien, ¿qué hacemos hoy, Granada 2009, con esa Escandalosa Cosa en crisis? Aquí van unas breves líneas para afirmar que, en este momento, necesitamos retomar con fuerza un feminismo anticapitalista (o muchos feminismos anticapitalistas, ya que la voluntad, o el espejismo, de unidad se nos rompió y ahora andamos a la búsqueda de formas potentes de articular la diversidad). Para ello, en este texto (que, justo es decirlo, hace especial referencia al contexto del estado español y probablemente diga poco o suene extraño en otros) sobrevuelo la crisis de los cuidados y algunos de los debates centrales que el discutir sobre esta crisis nos abría, y que tenían una fuerte potencia para la articulación de un feminismo anticapitalista diverso. Hablo en pasado porque, con el colapso financiero actual, esa articulación, que era frágil, está fuertemente amenazada; estamos a un tris de replegarnos hacia un feminismo productivista de fetichización del trabajo asalariado. Y, sin embargo, esa misma crisis, si le entramos estratégicamente, puede funcionar como acicate de cambio, como catalizador de esa articulación de un feminismo anticapitalista diverso.

Pero, antes de nada, ¿qué potencia tiene hablar de cuidados? Entre otras muchas cosas, una clave: en los cuidados se produce la materialización cotidiana de los problemas más “gordos”, más estructurales. A fin de cuentas, es ahí donde se esconden todas las posibilidades y trampas del conjunto del sistema. Discutiendo sobre los cuidados, en lo concreto, en la vida del día a día, estamos discutiendo sobre esos grandes “dilemas existenciales del feminismo” que, enfocados desde un ángulo demasiado macro, demasiado abstracto, a veces se nos escapan. Los cuidados son algo así como “lo personal es político” en el ámbito económico.

### **1- La crisis de los cuidados: qué la desencadena y quiénes (no) mueven ficha**

¿Qué es la crisis de los cuidados? Es la ruptura del modelo previo de reparto de los cuidados, que sostenía el conjunto del sistema socioeconómico, que de forma clave conformaba la base sobre la que se erigían las estructuras económicas, el mercado laboral y el estado del bienestar. Se trataba de un modelo basado en dos características: en adjudicar a las mujeres en los hogares la responsabilidad de resolver las necesidades de cuidados (inexistencia de mecanismos colectivos para asumir esa responsabilidad); y en la división sexual del trabajo clásica, que, a nivel micro, erigía en norma social la familia nuclear radioactiva. Este modelo contra el cual hemos luchado desde el feminismo y, con él, se descuajeringa una falsa paz social y las tensiones empiezan a salir a flote.

---

<sup>1</sup> Este texto es una versión reducida del original más extenso. Por motivos obvios (imaginas tropocientos ponencias interminables recogidas en un solo libro), ha sido necesario recortarlo. El original puede verse en la web de las jornadas.

¿Y por qué esa ruptura? Por muchos factores. De algunos nos hablan por todos lados de forma sesgada y tendenciosa: el envejecimiento de la población y la inserción de las mujeres en el mercado laboral. Pero hay otros de los que no se quiere hablar: el modelo de crecimiento urbano (la “explosión urbana y del transporte motorizado”, que está en la génesis de la crisis ecológica); la precarización del mercado laboral, que responde sistemáticamente a las necesidades empresariales y hace que los (escasos) derechos de conciliación que se van reconociendo o ampliando no lleguen más que a una fracción privilegiada de la fuerza laboral; y la pérdida de redes sociales y el afianzamiento de un modelo individualizado de gestión de la cotidianidad y de construcción de horizontes vitales, que nos deja muy solas a la hora de abordar las pequeñas grandes dificultades de la vida. Todos esos factores están detrás de que el modelo antiguo de gestión social de los cuidados se venga abajo y vuelva urgente su reorganización, por justicia, como siempre... y ahora también por supervivencia. ¿Se produce? La respuesta es meridianamente clara. Ni el estado, ni el mercado (es decir, las empresas) están asumiendo una responsabilidad en el cuidado de la gente. Esta responsabilidad sigue recayendo en los hogares y, en ellos, en las mujeres.

Es cierto que estamos observando cierto aumento de servicios de cuidados y de prestaciones (escuelas infantiles, la “ley de dependencia”, algunos derechos de “conciliación”, etc.). Pero este incremento responde más bien a la situación de emergencia social, dado el nivel de partida (cerca a) cero, y no refleja un cambio profundo... es un parche. Adolece, además, de otras deficiencias críticas: se da en un contexto de fuerte privatización de lo público, tanto de lo que existía antes (sistemas educativo y sanitario), como de lo que se está creando; relacionado con ello, se basa en el uso y abuso de la mano de obra femenina no pagada o mal pagada; y se trata de prestaciones que presentan exclusiones muy graves (dejando fuera a gran parte de la población migrante, entre otros sectores sociales). Por su parte, las empresas no sólo no están responsabilizándose (entendiendo que al hablar de que asuman su responsabilidad en los cuidados implica que los paguen y que plieguen su lógica del beneficio a las exigencias del cuidado de la vida), sino que están en el proceso contrario, a través de, cuando menos, dos procesos: el ataque a las cotizaciones a la seguridad social y la desregulación y precarización del mercado laboral.

Si ni el estado ni las empresas se hacen responsables, ¿quién, pues? Los hogares, como siempre... Y, en los hogares, siguen siendo las mujeres, más allá de los casos individuales de hombres que se involucran en algo distinto a “ayudar”. A gruesos trazos, podemos afirmar que siguen siendo ellas, seguimos siendo nosotras, quienes nos encargamos de la gestión individualizada (porque no es social) de los cuidados en las casas. Y aquí lo hacemos de dos formas: volviéndonos un poco locas (si no tenemos más responsabilidad que la gestión cotidiana de un hogar con pocas necesidades) o muy locas cuando la cosa se complica (y hay niños, y personas mayores, o alguien tiene una enfermedad, o una discapacidad), desplegando mil y una estrategias para conciliar lo imposible. Y echando mano de los recursos al alcance: los escasos servicios públicos existentes o los recursos privados de cada quien – la familia para cuidar gratis o el dinero para comprar cuidados –. Estamos protagonizando una fuerte redistribución de los cuidados por ejes de poder entre mujeres: marcada por la clase social, la etnia y lo que algunas compañeras han llamado el país que se habita y transita (es decir, si has venido de otro país y tienes un estatus migratorio).

## **2- La crisis de los cuidados: una respuesta reaccionaria**

Si bien la crisis de los cuidados nos permitía visibilizar una multiplicidad de problemas estructurales, existía al mismo tiempo una tendencia a poner parches que no sólo significaban una línea de continuidad con lo anterior, sino un refuerzo de los mismos ejes que caracterizaban el preexistente régimen injusto de cuidados, que, a su vez, estaba en la base de

todo un régimen socioeconómico injusto. ¿Cuáles eran estos ejes que estaban saliendo reforzados con el cierre reaccionario de la crisis?

El primero: la inexistencia de una responsabilidad social en la sostenibilidad de la vida. La crisis estaba haciendo aflorar tensiones directamente relacionadas con el hecho de vivir en un sistema que no tiene como prioridad la calidad de vida, ni el cuidado de la misma, sino la valorización de capital (el hacer beneficio monetaria, vaya). Sin embargo, esto, más que generar una reivindicación fuerte de cambio social profundo, estaba cerrándose con un proceso de reprivatización de la reproducción social: la responsabilidad de la reproducción social se subsume de nuevo en los hogares, en ese reino de lo privado-doméstico, de lo invisible; y cada vez se compran más cuidados a las empresas, poniéndolos en el terreno de la iniciativa privada con ánimo de lucro.

El segundo: la jerarquía inherente a un sistema construido sobre (y mantenido por) ejes de desigualdad, de forma clave, la desigualdad de género. Se produce un redimensionamiento de la división sexual del trabajo a nivel global. La división sexual del trabajo que identifica los cuidados con las mujeres, naturalizándolos y asociándolos a la femineidad, continúa, pero con cambios. La mercantilización de los hogares, junto al proceso de feminización de las migraciones da como resultado la conformación de lo que hemos denominado cadenas globales de cuidados. Presenciamos una re-estratificación sexual y étnica del trabajo a nivel global: el género sigue siendo un elemento determinante que condiciona el posicionamiento de cada quien en un sistema económico jerárquico, pero se refuerzan las diferencias entre las propias mujeres.

Y el tercero: un modelo de autosuficiencia ficticia en y a través del mercado, acorde con el cual cada quien intentamos apañárnoslas solas (y solos), con nuestros propios medios y a través del consumo. Este modelo de ciudadano (el trabajador campeón, el que no tiene responsabilidades de cuidados sobre nadie, ni necesidades propias, que nace cada día libre de toda carga y plenamente disponible para las necesidades de la empresa) se afianza. Este campeón que se atreve a soñar que se las apaña por sí mismo y que, cuando necesita algo, simplemente lo compra. Un delirio de autosuficiencia, que existe en base a la negación de la vulnerabilidad, la dependencia y los cuidados recibidos, y que hoy se rearticula a través del empleo y el consumo individuales.

### **3- La potencia crítica de la crisis**

El momento de crisis de los cuidados en el que nos encontrábamos (y nos encontramos) nos estaba permitiendo hacer críticas muy serias al sistema y abrir debates muy potentes para el propio feminismo, tanto en lo que nos impelía a cuestionar nuestras propias ideas, como en los argumentos que nos brindaba para situar el feminismo en el centro del cuestionamiento del sistema (es decir, permitiendo que el feminismo no sólo hablase “de sus cosas”, sino que desde “sus cosas” cuestionara todo el resto). La potencia crítica iba, cuando menos, por tres vías: Visibilizar el conflicto capital-vida y redefinir en clave feminista la crítica al sistema económico. Abrir vías de avance para lidiar con las diferencias entre nosotras. Y tender canales de comunicación entre dos líneas de acción del feminismo: la que lidia con las “cosas materiales” y la que cuestiona las identidades.

Con el ojo puesto en los cuidados, hemos redefinido el conflicto capital-trabajo (pilar de las luchas anticapitalistas), afirmando que va mucho más allá de la relación capital-trabajo remunerado: es un conflicto entre el capital y la sostenibilidad de la vida. En un sistema donde la vida es un medio al servicio de la lógica de acumulación de capital, esa vida misma está en permanente amenaza. Y por eso aseguramos que la conciliación es mentira. Esta contraposición, que se ve en múltiples lugares, es cristalina cuando hablamos de cuidados. De

otra manera, el ecologismo social también hace esta afirmación de que el sistema capitalista entra en colisión directa con la sostenibilidad ambiental. Encontramos aquí un punto fuerte de conexión entre ambas corrientes críticas; la aportación del feminismo consiste en enraizar esa tensión en la cotidianeidad de nuestras vidas y argumentar que la lógica de acumulación es una lógica patriarcal, androcéntrica. Porque está directamente relacionada con una comprensión de lo cultural y lo humano como el progresivo desapego de las necesidades y con el menosprecio de la inmanencia. La depredación ambiental y la opresión de las mujeres tienen raíces comunes en un esquema delirante de omnipotencia en el que “el hombre” cree que la naturaleza está a su disposición, donde lo femenino es naturalizado y lo natural, feminizado. La lógica de valorización del capital, que trasciende la mera sostenibilidad de la vida y la pone al servicio de un estadio de civilización superior, el desarrollo, el crecimiento, la producción, es una lógica netamente patriarcal.

Estábamos vislumbrando aquí una asociación que podría ser muy potente, pero que no hemos desarrollado aún: el capitalismo es un régimen que desprecia la vida, que la utiliza como medio, en el mejor de los casos, para un fin distinto (acumular) y, en el peor, la destruye si es preciso. El capitalismo es una forma de economía perversa. Y el patriarcado es un sistema que desprecia el mantenimiento cotidiano de la vida y adjudica la responsabilidad de sacarla adelante a las mujeres. Ahondar en esta línea quizá pudiera arrojar una luz distinta sobre la eternamente debatida relación entre capitalismo y patriarcado, pero estamos en pañales.

También veíamos que debíamos ir más allá, porque esa supuesta lógica del cuidado, que tan bonita sonaba, veíamos que estaba perversa y que más bien se articulaba como una ética reaccionaria del cuidado. En un sistema donde cuidar la vida se convierte en un marrón, ¿cómo asegurar un contingente de cuidadoras? Imponiendo el cuidado como único horizonte vital, como única forma de construirse como sujeto. Sometido a esa presión el cuidado toma fácilmente las formas de sacrificio, de inmolación, de chantaje emocional. Aparecen fuertes relaciones de violencia, ejercidas también por quien cuida, que no es mera víctima inocente. Toda vez que veíamos que el cuidado no era todo amor y altruismo, toda vez que intentábamos desnaturalizarlo, no sublimarlo, nos preguntábamos qué relaciones perversas y violentas había ahí. Y qué tenía que ver todo ello con la negación de la vulnerabilidad, del dolor humano, de la vida que envejece y a veces es bonita y, a veces, fea. Y nos estaba llevando a cuestionarnos sobre la utilidad misma de la palabreja cuidados: ¿está demasiado naturalizada?, ¿demasiado idealizada?, ¿la hemos convertido en una metonimia que, en lugar de permitirnos hablar de tanta cosas invisibles que queríamos rescatar, nos hace de tapadera?

Las reflexiones en torno al conflicto capital-vida nos permiten constatar que las posibilidades de cambio y liberación en los márgenes del sistema son sumamente estrechas. Y esto lo hemos visto, muy concretamente, con las limitaciones a las que se ha enfrentado nuestra estrategia de emancipación a través del empleo, entre ellas, dos insalvables: El límite de la reproducción (los cuidados siempre hay que seguir haciéndolos... porque son la vida misma); ni queremos ni podemos dejar de cuidar convirtiéndonos en mano de obra ideal para el sistema. Lo que queremos es cuidar de otras formas, replantear la idea misma de los cuidados y redistribuir todos los trabajos, los que se pagan y los que no, bajo la premisa de que lo prioritario no es ni el cuidado ajeno ni el mercado, sino nuestras vidas amplias y diversas. Y el segundo límite que se nos hace cuerpo cotidiano: la división sexual del trabajo, que no desaparece, sino que se transforma. La “salvación” a través del mercado no es generalizable ni sostenible para todas (“pero todas, todas, todas”). Una de las potencias fundamentales de dedicar tiempo y esfuerzo a discutir sobre la crisis de los cuidados era que nos permitía aprender a lidiar en lo concreto, en lo cotidiano, con las diferencias entre nosotras. ¡Proceso nada sencillo y que en absoluto teníamos resuelto! Pero en el que estábamos metidas de cabeza.

También aparecían diferencias nuevas, como aquella que nos situaba en planos distintos a quienes asumíamos la posición neta de cuidadoras y aquellas que quedábamos estigmatizadas como las cuidadas. Toda cuidadora necesita cuidados, y toda aquella que los recibe puede, de un modo u otro proporcionarlos. Y las experiencias de las mujeres con diversidad funcional nos abrían nuevos e insospechados vericuetos para preguntarnos cómo se construye la normalidad, y cómo se impone una única forma de estar en el mundo, negando la diversidad. Y veíamos que, si bien el cuidado era una tarea naturalizada en las mujeres no todas las mujeres eran legitimadas como cuidadoras; esta legitimación estaba directamente asociada al rol de la buena madre y esposa, y estrechamente vinculada a la vivencia de la sexualidad. ¿Pueden una trans, o una puta, o una lesbiana ser tan buenas cuidadoras como el ama de casa prototípica?

Y, por último, la potencia de hablar de la crisis de los cuidados venía porque nos permitía conectar los procesos macroestructurales con los más micro. Y, así, tender puentes en lo que amenaza con convertirse en una brecha importante, la brecha entre el “hablar de las cosas o de las palabras”, como despectivamente lo ha puesto alguna economista. Dicho de otro modo, la brecha entre hablar de las injusticias de reconocimiento, y, ligado a ellas, de todos los aspectos simbólicos, de las identidades, de las sexualidades, etc. ¿La heterosexualidad es el régimen de política sexual del capitalismo, en la medida en que está en la base del régimen de cuidados, que, a su vez, sustenta el conjunto del sistema? ¿La recuperación del trabajo no remunerado que hemos hecho ha sido un ejercicio valiente e interesantísimo, pero también muy mojigato? ¿Hemos recuperado todas las tareas asociadas al rol de la buena madre y esposa (lavar, cocinar, curar...) y nos hemos dejado en el terreno del no-trabajo, de lo no-económico, las de la mujer en el espejo (el sexo, lo corporal)? ¿La ruptura con el modelo binario heteronormativo nos sitúa en una posición de precariedad respecto a los cuidados?

#### **4- El colapso financiero: un punto de quiebre**

Estábamos descubriendo, estábamos inventando nombres, estábamos abriendo la posibilidad de nuevas y muy prometedoras alianzas... y, en mitad de ese proceso, ha llegado el colapso financiero... El colapso financiero ha sido espectacular, y súbito, como lo es todo en el ámbito financiero: corto-placista, tremendo. Parece haberse adueñado de la idea misma de la crisis; ya no existe más crisis que esto. Y, de forma especialmente grave, parece oscurecer las otras crisis de índole estructural, que cotidianamente estaban poniendo en jaque todo el sistema: la crisis ecológica, la crisis alimentaria, la crisis de los cuidados, la crisis de reproducción social. Todo esto ocurre en un contexto donde la posición de un feminismo crítico era frágil. El feminismo que estaba pensando en todos esos puntos (lo que podría ser el germen de un potente feminismo anticapitalista diverso) se movía ya de por sí en un contexto difícil, marcado, al menos, por dos heridas: la institucionalización del feminismo (y, asociada a ella, la fe ciega en la igualdad de oportunidades) y la escisión entre las perspectivas más “económicas” y la apuesta más rupturistas en términos de identidad sexual y de género.

En este contexto frágil, en que gran parte del feminismo había perdido el anticapitalismo y otra parte no consideraba estos asuntos como algo prioritario, el colapso financiero puede hacer que nos repleguemos hacia una defensa a ultranza de la economía “real”, o sea, la “productiva”, la del mercado de cosas, frente a la demonización de la economía “financiera”. Finalmente, esto significaría replegarnos a defender el sistema capitalista en su vertiente productivista, a través de la deificación de su máxima figura: el empleo, el trabajo remunerado. O sea, volver atrás y convertir el empleo en nuestra máxima reivindicación económica, no como un medio, sino como un fin en sí mismo. Derivar a lo que podemos llamar un feminismo productivista, que pierda por el camino toda la potencia de la que hablábamos antes. Sin embargo, aún estamos a tiempo de que sea al revés., porque es justo ahora cuando se está haciendo más visible que nunca el conflicto entre el capital y la vida. Es justo el

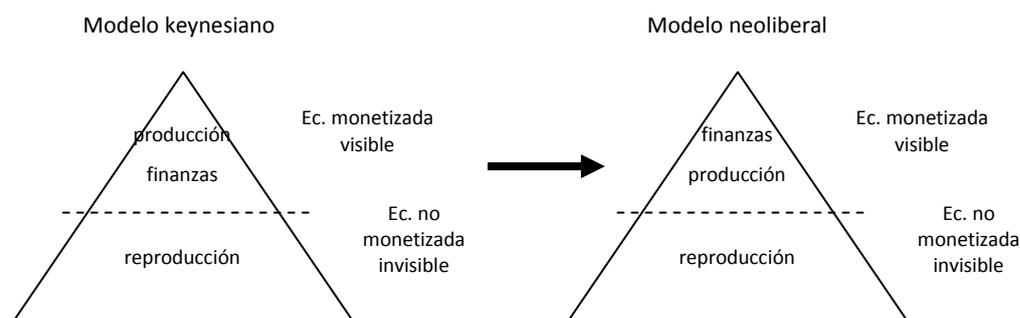
momento de darle la vuelta a la tortilla. Y para eso varios movimientos estratégicos son necesarios. Entre ellos, nombro algunos.

**Cambiar la óptica de mirada:** los mercados no pueden seguir siendo el centro de nuestra atención, sino los procesos de sostenibilidad de la vida. Esto nos permite poner cara de póquer ante el hundimiento de la bolsa: ¿que se hunde? ¡que se hunda! Nos importará sí y sólo sí afecta a la calidad de vida de la gente, y si no somos capaces de poner en marcha alternativas para vivir bien, que no pasen por Wall Street. Si no cambiamos la mirada, si se nos ponen los pelos de punta porque el PIB caiga, entonces seguiremos moviéndonos en un terreno que nos es hostil: el que se conoce, interpreta y juzga por los parámetros propios de los procesos de acumulación de capital, por los movimientos monetarios.

**Posicionar lo económico como terreno prioritario de la lucha feminista:** lo económico es algo que nos queda bastante al margen, lo miramos como el terreno propio de “las expertas”, las economistas feministas... Porque ahora nos ha caído la breva de tener economistas entre las feministas, con lo que ya podemos delegar tranquilas. Y las economistas, (muy feministas todas nosotras), ya tenemos un espacio intocable en el que sentirnos alguienas... Con toda nuestra buena intención, las economistas feministas podemos hacer mucho daño, en la medida en que reforcemos la idea de que lo económico es algo esotérico que sólo las iniciadas podemos entender. Personalmente, para lo único que me ha servido estudiar la carrera (¡y el doctorado!) de economía ha sido para perderle todo el respeto. Y esa es otra clave.

**Perder el respeto a la economía:** que nunca, nunca nos corten nuestras reivindicaciones con argumentos técnicos. Primerito de todo, pensemos qué queremos... y, luego, ya veremos cómo lo logramos. Pero que nunca nos corten las alas con un “no es posible”, por matemática y microeconómicamente rebuscado que sea ese NO. Salirnos de esta lógica del temor nos abre nuevas puertas. Por ejemplo: ¿que no hay dinero para financiar más escuelas infantiles?, ¿y por qué no poner un impuesto reproductivo a las empresas? Las empresas existen gracias a un montón de trabajo gratuito o mal pagado de reproducción cotidiana y generacional de la mano de obra, ¿por qué no hacerles pagar por ello? O quizá, más que una tasa puntual, sea mejor apostar por una profunda y fuerte reforma fiscal progresiva que tenga entre sus argumentos clave la necesidad de hacer pagar a las empresas por la reproducción social. Ya veremos cuál es el medio técnico más acertado, pero la idea debe ser nuestra y pensada en libertad.

**Desde el anticapitalismo:** Esto no es el anti-neoliberalismo; no nos basta con criticar la financiarización de la economía, y a las bolsas, y a las hipotecas basura. Como si el keynesianismo, y la “producción”, y el pleno empleo de calidad fuesen deseables y/o posibles. Hemos pasado de un sistema de prioridades económicas del estilo del primer iceberg, donde las finanzas estaban al servicio de la producción, pero todo el conjunto se sostenía sobre una base reproductiva invisible, a un iceberg del estilo del segundo, donde la “producción” se ha puesto al servicio de lo financiero, pero lo reproductivo sigue siendo la base que lo sostiene.



Ninguno de los dos sistemas prioriza las necesidades de la vida, sino distintos procesos y modos de valorización del capital. No tiene sentido que nos aferremos a ninguno de ellos. El

anticapitalismo tiene concreciones. Por ejemplo: una férrea defensa de los servicios públicos de calidad y gestión directa por parte de las instituciones públicas (desde el feminismo no podemos dar tibias respuestas, mucho menos permanecer calladas, ante el ataque furibundo a lo público que se está produciendo).

Desde esas coordenadas, haciendo una crítica feminista de la economía entendida como los procesos que sostienen la vida, y atreviéndonos a cuestionar el sistema de raíz, necesitamos pensar qué queremos... porque no lo tenemos claro. Lo que sí está claro es que necesitamos **respuestas inmediatas que permitan transformaciones estructurales**. Se dice fácil, y es complicadísimo, cierto. Pero es urgente que le echemos imaginación y valentía. Cómo dar solución a problemas inaplazables, minando al mismo tiempo el sistema. Y aquí el dilema del empleo es clave, porque es uno de los principales mecanismos de sujeción en el capitalismo – y por eso decimos lo de “abajo el trabajo” – . Pero, a la vez, sin un salario, no comes. ¿Qué hacer, y más en este momento donde parece que se va a redoblar el atasque contra las condiciones dignas de empleo y va a comenzar (por enésima vez) una lucha encarnizada por los empleos: entre autóctonos y migrantes, entre obreros de un país y obreros de otro, entre...? No podemos entrar en esa competencia. Hay quienes, desde el feminismo, avisan de que estamos viviendo el reforzamiento de un cierto tipo de división sexual del trabajo del estilo: hombre en el mercado a tiempo completo / mujer a tiempo parcial (y, por lo tanto, las mujeres con la mitad del salario, la mitad de las prestaciones, etc.). Si bien esto es inadmisibles, la lucha no puede centrarse en reclamar el empleo a tiempo completo también para las mujeres. ¿Qué tal si apostamos por una reducción generalizada de la jornada laboral sin pérdida de salario, ni de prestaciones? Ciertamente que esto requiere fuerza para exigir (que no negociar), pero es una lucha prometedora, mientras que la otra está perdida de antemano porque es entrar en el juego del no hay para todos, y todas.

Hay propuestas que están ya ahí, que en sí mismas llevan toda una ristra de ataques al sistema... y que seguimos dejando de lado. Entre ellas, de forma clave: el cambio del dichoso e inadmisibles régimen especial de empleo de hogar, discriminatorio, de raíz franquista, que lleva inamovible un cuarto de siglo. Un régimen que, si nos proponemos de verdad dignificarlo, no se queda en un mero cambio legal, sino que levanta muchas ampollas: ¿quién va a poder pagar y quién no?, ¿qué hacer en cada caso?, ¿cuándo el empleo de hogar cubre situaciones que deberían cubrir otros servicios públicos?, ¿cómo hacer que un hipotético cambio de régimen no deje fuera a una cantidad intolerable de migrantes sin papeles?... De hecho: ¿contratar empleo de hogar está bien, está mal, cuándo una cosa u otra, bajo qué condiciones? Un cambio concreto, urgente, que podemos exigir ya-ya-ya, y que cuestiona al conjunto del sistema. Sólo necesitamos atrevernos y creernos de verdad que acabar con el régimen especial es un logro tremendo para el conjunto del feminismo.

La búsqueda de respuestas inmediatas que minen el sistema es especialmente importante en el terreno de los cuidados. Porque aquí tenemos un lío grande. Todas estamos de acuerdo en que no están bien como están: en el hogar, en manos de mujeres. Pero, entonces, ¿queremos sacarlos por completo del hogar?, ¿queremos sacar una parte?, ¿cuál?, ¿para ponerla dónde?, ¿queremos que el entorno cambie y nos permita volcarnos al hogar si nos da la gana y tener un dinero para vivir y una pensión de jubilación? Mucho nos queda por discutir, pero me atrevería a sugerir que, en el camino, no perdamos de vista los siguientes movimientos estratégicos:

**Hacia una responsabilidad social en la sostenibilidad de la vida:** hacer al conjunto social responsable de la vida y, particularmente, a las empresas, es en sí la clave para cambiar el sistema, porque supone ir transformando el leitmotiv de la economía: de la valorización de capital que pone la vida a su servicio, hacia la generación de una vida que merezca la pena ser

vivida (y dentro de los límites marcados por el entorno ecológico), poniendo las estructuras socioeconómicas a su servicio.

***Hacia una redistribución de todos los trabajos:*** La redistribución exige, antes de nada, cambiar la forma en que entendemos el trabajo, porque, más allá de florituras políticamente correctas, al final casi todo el mundo sigue emperrado en que trabajo es el que se paga. Así que el primer paso es seguir insistiendo en que trabajo es mucho más. Y, tras ese mucho más, el segundo paso es diferenciar el trabajo socialmente necesario del trabajo alineado. Socialmente necesario es aquel que permite generar las condiciones necesarias para una vida que merezca la pena ser vivida. Y aquí tenemos otro mogollón: ¿qué es eso? La vida que queremos es un asunto crucial en debate. Pensarlo bien es lo que se nos propone desde la perspectiva del decrecimiento (o del mejor con menos, que dicen otros): frenar la loca carrera del consumismo y empezar a vivir más austeramente, decidiendo, dentro de los parámetros de la austeridad, qué es la calidad de vida para nosotras. Cuando debatamos de forma verdaderamente democrática qué es una vida que merezca la pena ser vivida (la buena vida, el buen vivir, como lo llaman en algunos países latinoamericanos), entonces podremos definir los trabajos socialmente necesarios para lograrlo... y repartirlos. Ojo, esos trabajos no van a ser siempre agradables. Hay muchos trabajos socialmente imprescindibles, pero penosos (y en el ámbito de los cuidados lo sabemos bien: bañar a un niño es imprescindible y puede ser agradable, pero cambiar el pañal a un anciano con demencia será igual de imprescindible y sin lugar a dudas desagradable). Y estos trabajos no siempre se pagan (¡ni muchísimo menos! quizá al contrario: casi nunca). Hay que repartir los gratuitos y los pagados, los que generan derechos y prestaciones sociales y los que no. Definir y repartir los trabajos socialmente necesarios tiene un reverso: definir y repartir los trabajos alineados, entendiendo por tal aquellos que no se necesitan para sostener la vida, pero que son útiles al capital y por eso se pagan; los que no son más que un mecanismo indeseable para poder vivir, por lo que su reparto es absolutamente indispensable y, a la par, coyuntural; su redistribución debe contener en sí la tendencia a su desaparición...

***Hacia una redefinición de los derechos:*** todo lo anterior nos permite replantearnos lo que antes eran sacrosantas reivindicaciones frente al capital, por ejemplo, poner bajo otra luz la reivindicación del derecho al trabajo. Y exigir derechos nuevos, como el derecho al tiempo, al tiempo de calidad y libremente vivido. O el derecho al cuidado: un derecho que combina el derecho a recibir los cuidados que necesitamos a lo largo de la vida (de distinto tipo e intensidad según distintas circunstancias), el derecho a no cuidar gratuitamente, el derecho a cuidar pero en condiciones, y el derecho a condiciones laborales justas cuando cuidamos en el mercado. Un derecho multidimensional que hoy por hoy no existe ni como idea, pero que nos abre todo un horizonte de reivindicaciones (¡concretas!).

A todo lo anterior es a lo que hemos puesto un nombre quizá loco, quizá divertido, quizá ingenioso, quizá rebuscado: la ciudadanía. Allá por el 2003 unas compañeras asistían a la inauguración de un centro social; cuando se levantó la cortinilla que cubría la placa, apareció el providencial error tipográfico: “este centro es para uso y disfrute de la ciudadanía”. La ciudadanía es, para nosotras, la forma de entender a los sujetos, a la gente, en una sociedad que ponga la vida en el centro; no cualquier vida, una vida que merezca la pena ser vivida y sea sostenible en el entorno ecológico. No implica una renuncia a valores clave propios de la idea más radical de ciudadanía, como la libertad, la igualdad, o la reivindicación del sujeto político “ciudadano” frente al sujeto mercantil “cliente”. Pero sí significa intentar un movimiento estratégico que nos permita ir más allá, reteniendo esos valores, pero cuestionando que sean posibles dentro de un sistema capitalista. Tanto rollo y tantas palabras.... para terminar con una sola: ante la crisis, la de los cuidados, la financiera, la que sea, ante la urgencia de articular un feminismo anticapitalista diverso, una apuesta por la ciudadanía.

Amaia Orozco, Jornadas Feministas Estatales, Granada, diciembre de 2009